

Vivir de rentas

En el estado español el reparto de la riqueza no es equitativo: el poder económico y financiero esté distribuido y concentrado de tal manera que entre 500 y 1.000 personas controlan el bienestar social de casi 45 millones de ciudadanos. Estas personas toman las decisiones sobre todo aquello que se tiene que producir, qué recursos utilizar y sobre todo el número de personas que trabajarán.

En nuestro estado se genera anualmente una cierta cantidad de riqueza. Para saber cómo se distribuye esta riqueza entre toda la población la dividimos en dos categorías. Una es la de los **salarios**, entendidos como remuneración del trabajo y fuente básica de los ingresos de la gran mayoría de la población. La otra es la de los beneficios del **capital**, entendiendo éstos como aquel dinero invertido con el fin de generar más dinero (acciones, fondo, pisos, producción de bienes y servicios ...).

Esta distribución supone una gran simplificación, ya que en el interior de cada una de las dos categorías, se pueden encontrar grandes diferencias de ingresos salariales o de rentas entre diferentes grupos y personas. Todo el mundo sabe por ejemplo que las remuneraciones del trabajo no son iguales entre todos los trabajadores, sino que existen importantes diferencias como consecuencia de la di-

ferente consideración social de las tareas que éstos ejercen. Los 10% con los salarios más altos se quedan con más del 25% de la masa salarial total.

Si bien la participación de los asalariados en las rentas de capital en su conjunto es despreciable, si es cierto que hay cada vez más trabajadores con salarios medios/altos que son propietarios de acciones, fondos de inversión etc., Para este grupo las rentas de capital son una parte de sus ingresos más allá del salario. La realidad pues, es más compleja que la planteada al inicio.

En las últimas tres décadas, desde mediados de los 70, se ha ido produciendo una lenta pero continuada redistribución del PIB de los ingresos por trabajo hacia los beneficios del capital, acabando por ser, poco en poco muy considerable.

La participación de los ingresos de los asalariados en el total del PIB en

España se ha mantenido prácticamente constante desde la década de los 70. Eso, en una primera ojeada, nos podría sugerir que en los últimos 40 años la distribución de la renta se ha mantenido al mismo nivel, y que no ha habido redistribución ni a favor del trabajo, ni a favor del capital. Pero en realidad eso no es así.

El porcentaje de la población activa que trabaja de forma asalariada ha subido del 56% del año 1987 hasta casi el 76% del año 2008. Eso quiere decir que un número mayor de personas recibe el mismo trozo del pastel. Por otra parte, el porcentaje correspondiente a ingresos del trabajo por cuenta propia ha ido también aumentando, aunque muchos son falsos autónomos. Puestos de trabajo antes ocupados por trabajadores asalariados ahora son desarrollados, a menudo por las mismas personas, pero con la condición de autónomos. Son los llamados TAED, trabajador autónomo económicamente dependiente.

Son los beneficios del capital los que han subido desde el mínimo del 25% del PIB en el año 1967 hasta fregar casi el 40% en el 2006. Como contrapartida, el total de los ingresos por el trabajo, sumando trabajo asalariado con trabajo por cuenta propia, bajó del 75% al 61% en el mismo periodo. Se ha redistribuido un 14% del PIB a favor de los beneficios empresariales y rentas de capital.

Esta redistribución a favor del capital ha sido tan grande que ha absorbido una gran parte del aumento de productividad que ha tenido lugar en este periodo. Es decir, cada vez los trabajadores son más y más productivos y por lo tanto crean más riqueza. Pero este aumento de la riqueza no se traslada a los salarios sino que se lo apropia el capital.

Por otra parte, los salarios reales en España estaban prácticamente estancados desde el año 1980 y se están deteriorando desde 2005. Si bien se han ido reduciendo las horas anuales por trabajador las clases populares (ocupados y desempleados) en su conjunto dedican hoy más de su tiempo para trabajar en y para la economía formal que hace 25 años, antes de la "tercera revolución industrial". ■

